

A menudo me he preguntado por estas familias: ¿cómo vivieron el cambio y, de campesinos, pasaron a ser rufianes? El marido solícito se convirtió en jaque y valentón, la mujer temerosa de Dios en ramera, y su existencia modesta y tranquila pasó a ser un ejemplo más de la vida airada. ¿Qué significó en sus vidas este esperpéntico cambio?

Para responder a estas preguntas, creemos que no hay nada mejor que seguir el itinerario que por este submundo se ha fijado Emilio Temprano en su último libro.

Temprano nos propone un viaje, si no novedoso en cuanto al tema, sí distinto en cuanto a sus pretensiones. Sin dejarse convencer por los consejos de los moralistas y predicadores de la época (¿cómo iba a hacerlo el autor de *El árbol de las pasiones*?) y sin dejarse cegar por la grandeza y los resplandores de la Monarquía Hispánica, el autor nos va a llevar, a través de una galería de personajes violentos y apasionados, hasta lo más bajo. Es decir, al mundo del hampa. Así, en nuestro recorrido va a ir apareciendo el más variopinto elenco de personajes marginales: rufianes, celestinas, valentones, rameras, fanfarrones y toda suerte de pícaros, tales como biantes, felsos, afrailes, falsos bordones, aaptosos, afarsantes y otras gentes de amistad poco recomendable.

El esfuerzo del autor, no obstante, va a ir más allá de realizar una simple taxonomía de las gentes del mal vivir. De hecho, el principal logro de la obra consiste en que estos retratos no son, como sucede en tantas ocasiones, ni una sucesión de pinturas costumbristas ni una aséptica reconstrucción de motivos y usos de la vida cotidiana. Valiéndose de fuentes literarias raras y poco conocidas, el autor aprovecha para reconstruir no ya los actos sino las actitudes, las motivaciones y algunos de los complejos mecanismos psicológicos por los que se regía este difícil mundo. Así, aunque parta de esa base fabulada, Temprano es capaz de radiografiar en bastantes momentos, las pasiones de los sujetos en cuestión, de lo que resulta una caracterización no ya completa sino, en el pleno sentido de la palabra, viva.

En consecuencia, no habremos de buscar un estudio acabado y sistemático del significado y la función social de estas figuras sino más bien un intento de acercarnos a ellas y echar un vistazo. Aparecerá entonces al jaque,

emperifollado, haciéndose valer con su fanfarronería o mandando al otro barrio a algún corchete. Más allá, se asoma la alcahueta, camelando a tiernas jovencitas y riéndose de sus embobados clientes. En la otra esquina, aparece el gorrón pegando a su «hermana», aunque enseguida nos distraemos ante el barullo que están montando un rufo y una celestina peleados por una cuestión de competencias. Salimos del burdel y entramos en la taberna; visitamos ahora la cárcel para acabar asistiendo a una ejecución pública.

En esto reside la virtud del viaje que nos propone Temprano: no consiste en ver monumentos ni gentes retratadas en los museos. Consiste en observar conductas y en captar situaciones, es decir, en intentar comprender a personas.

A partir de ello se desarrollan algunas de las reflexiones más sabrosas de la obra. ¿En qué consiste el éxito del proxeneta entre sus «protegidas», si sólo vive de chulearlas y utilizarlas como un simple instrumento para ganar dinero? El autor se cuestiona así si una de las verdades para él más evidentes, a saber, que no hay posibilidad de bienestar dentro de la sumisión, lo es también para muchas personas no ya sólo dentro del prostíbulo sino «también en algunas relaciones de pareja normativizadas: con mayor o menor intensidad pasional, explícitas o interiorizadas». Reflexión tan interesante para unos como molesta para otros.

Seguimos viajando. En el mundo de los rufianes, regido por la fuerza, la arrogancia y la hombría, ¿qué pasará con aquel jaque que vemos allí enfrente, de aspecto decrepito y casi educado? ¿Por qué estas mujeres se están disputando a este rufo y cómo éste consigue tener a las dos bajo su dominio? ¿Qué conocimientos de las debilidades humanas ha adquirido esta alcahueta para poder competir con los gorriones más acreditados? Una vez más, en vez de decirnos cómo debían ser estos personajes, lo que se intenta es la reconstrucción de su difícil arquitectura de sentimientos y pasiones.

Pueden hacerse, no obstante, algunas objeciones al camino seguido. Por un lado se echa en falta una base documental más amplia, pues si bien hace uso de fuentes esencialmente literarias, podría haber echado mano de parte del inmenso caudal de datos del que se dispone sobre estos temas, muchas de cuyas informaciones

poseen un carácter más «vivo» y personal que el de las propias fuentes literarias. Aspectos tales como la cárcel de mujeres de Madrid, que tan abundante literatura ha generado en los últimos tiempos y, sobre todo, la visita que se realiza por las mancebías de la Península, se habrían visto notablemente enriquecidas.

Junto a esto hay que apuntar que en algunas ocasiones existe una distancia excesiva entre el planteamiento y el desarrollo de algunos aspectos, como en el caso de las alcahuetas, cuyo estudio no aporta ninguna dimensión desconocida.

Estas observaciones, no obstante, deben ser puestas a beneficio de inventario, pues el autor en ningún momento pretende complacer las actuales exigencias académicas de investigación (existen pocos términos más antitéticos a la figura de Temprano que el de «academia»), ni por otro lado estas veleidades documentales se hacen imprescindibles para lograr el fin último que persigue en su deambular por el mundo del hampa.

Porque de hecho lo que el autor pretende demostrar es que los orígenes del género esperpéntico en nuestro país se remontan a mucho antes de las formulaciones de Valle-Inclán. Para Temprano, la gestación del esperpento entendido como «deformación absurda de la realidad y visión grotesca de la condición humana» se encuentra en los romances de ciego medievales y su desarrollo se puede adivinar en los romances vulgares, jácaras y sainetes españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII que aquí analiza, llegando su sombra hasta nuestros días en las más variadas manifestaciones de nuestra cultura.

En este sentido, Temprano nos dibuja la figura del rufián —en lo que seguramente es la parte más acabada del libro— como resultado de una sistemática «esperpentización» de la figura del caballero andante. En consecuencia, los ideales caballerescos que movían a un Amadís de Gaula o a un Palmerín de Oliva, tras ser deformados hasta la caricatura, se convierten en los ideales y modos de vida de los rufianes de mancebía.

La caballerosidad se convierte así en soberbia; la sensibilidad, en agudeza y labia desvergonzada. El valor justiciero no es ahora sino bravura y violencia sanguinaria; el heroísmo, valentía asociada a toda una serie de conductas chulescas; la inteligencia, astucia para

engañar a la autoridad. El amor, claro está, no es en el hampa sino puro erotismo interesado.

Estas sugerencias, no obstante, no están libres de problemas. En primer lugar, se nos antoja que esta consideración de la literatura popular como alteración sin más de la culta, acaba por convertir en simple esperpento todo lo relacionado con la «baja» cultura, fruto de un ejercicio continuado de deformación de lo más alto.

Además, y tal y como reflejaba nuestra historia de los campesinos-rufianes, una consideración no literaria del mundo del hampa nos hará cuestionarnos, en ocasiones lo que de «deformado» pueda tener el relato de esas vidas. En situaciones tan extremas, la vida tiende a ser grotesca y terrible de por sí sin necesidad de que nadie venga a deformarla artísticamente.

Por otro lado, ¿hasta qué punto es legítimo convertir esta tendencia al esperpento en una vocación básicamente hispana?

En todo caso, si seguimos al autor, un regusto por lo tragicómico parece que se halla constante a lo largo de los siglos en nuestra literatura... y lo que no es la literatura. Uno de los grandes aciertos de esta obra escrita por un filósofo y antropólogo —entre otras cosas— está en su capacidad de ir más allá del simple modelo literario y en plantearse hasta qué punto estos tipos y estas actitudes han permanecido constantes en nuestra cultura a lo largo del tiempo, pese a sus distintas formulaciones, y puedan ser la clave de comprensión de algunos comportamientos del mundo hispánico contemporáneo.

Tesis arriesgada pero más que interesante, Temprano la argumenta con su característico estilo, refrescante y antiescolástico, consistente en ir dejando caer sugerencias aquí y allá: ese fanfarrón del Siglo de Oro, ¿no tendrá nada que ver con aquel tipo que todo lo sabe y todo lo entiende, que nos encontramos en el bar? Aquel grupo de jóvenes que han gastado ingentes cantidades de tiempo y dinero en que parezca que no les importa nada el cuidado de su imagen porque así lo exige la moda ¿guardan alguna relación con los aristócratas del barroco imitando en el vestido y en el lenguaje a gentes de reputación dudosa? El concepto tan desorbitado de su «yo» que tenían estos personajes de vida airada ¿tiene su correlato entre las personas que hoy en día copan el escalafón de la vida pública?

El autor sugiere conexiones e insinúa causas dejando a cada uno libertad de respuesta. Quizás se eche en falta más desarrollo en alguna de sus propuestas, aunque este sea un mal menor cuando alguien tiene la capacidad de proponer cosas distintas y de viajar de una forma diferente. Porque, en definitiva, frente a tantos viajes organizados por la cultura académica en los que siempre se sigue el mismo itinerario, el que nos propone Temprano es gustoso y ameno, y si no nos adentra por terrenos excesivamente nuevos, sí nos propone recorrerlos de una forma a veces insólita y siempre sugerente.

Jaime Marco Frontelo

Un estilita de nuestro tiempo*

Andrés Amorós es un escritor de múltiples intereses que ha cultivado, entre otros géneros «un gusto por el ensayo creativo, literario, no puramente erudito», con el que ha obtenido sus más granados frutos intelectuales. Ahora, quien ha dedicado tantas páginas sagaces a la teoría y crítica de la novela, ha venido también a practicarla, y con notable acierto. Pero el estudioso de la novela «intelectual», queriendo ante todo divertirse escribiendo y entretener a sus lectores, ha huido en la suya de aquel registro para acercarse, como Cervantes pedía, al «desocupado lector».

La imagen primera de Andrés Amorós es la de un ensayista de primera magnitud, cuyos libros de crítica

literaria apelan a la inteligencia del lector y están escritos con la pasión y el interés de las mejores ficciones. Porque Amorós se aproxima siempre a la literatura desde el punto de vista del creador, como quien domina por dentro la maquinaria de los artificios con que se hace la literatura, y los desvela con la sencillez del artesano que está acostumbrado a manejar sus cotidianos utensilios. Su crítica literaria equivale a una forma eminente de creación, de recreación, revelando lo que el mismo creador ha puesto en su obra desde los ojos de otro creador, aunque sea también catedrático en la materia. Pues como explicara en *Introducción a la literatura* (un título de apariencia modesta pero que fue Premio Nacional de Ensayo), «la literatura no es, para mí, una obligación académica ni una tarea de funcionario»; y en un cuestionario sobre el tema, recogido en el volumen *Literatura y educación*, dejó sentado que «la auténtica literatura va muy unida a la vida».

Por eso, ante la primera novela de Amorós, lo primero que hay que desechar es una prevención: *Me llaman Simeón* no es la novela de un profesor ni de un crítico, sino otra más de las obras de un escritor que ahora ha abordado un nuevo género, la reina de los géneros que es la novela. En un breve y precioso volumen impreso hace un par de años, *Desde el Mediterráneo*, Amorós se acercaba ya «a contar realidades e intentar evocar sensaciones», es decir, a lo narrativo y lo memorable. No es de extrañar, pues, que como emanación natural de aquellas hojas de «cuaderno escolar» en las que decía anotar sus «impresiones», hayan surgido, acaso en la confluencia con un proyecto más largamente acariciado, las páginas de esta novela, a las que llama el narrador «estas notas» escritas en «viejos cuadernos, que han esperado durante años a recibir mis obras maestras». En todo caso, las evocaciones que allí afloraban en primera persona, vistas ahora, parecen un precedente de la prosa narrativa de muchas páginas de *Me llaman Simeón*, la novela que ha publicado también Ediciones Aitana con el buen gusto característico de esa interesante editorial de la ciudad alicantina de Altea.

* Andrés Amorós, *Me llaman Simeón*, Ediciones Aitana, Altea, 1996. 198 págs.